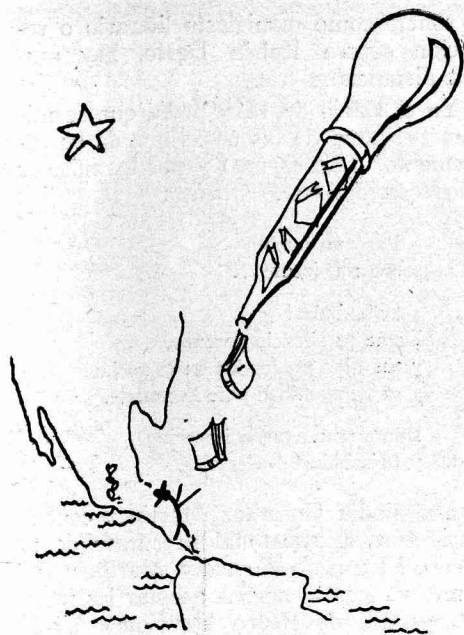




SE NOS ANUNCIÓ que el intercambio de libros entre México y Argentina se reanudaría en breve. Días, semanas, meses han pasado ya desde aquel anuncio, y en las librerías aún no se advierten los esperados ejemplares. ¿Nuevas dificultades? ¿Desinterés en la normalización del comercio intelectual? En todo caso, los lectores siguen padeciendo un aislamiento del que ellos no son responsables, y que sólo aciertan a explicarse achacándolo a cierta nociva inversión de valores: al predominio de la burocracia sobre la vida esencial de la cultura.

CELEBRACION

LAS LIBRERÍAS, en cambio, no han dejado de poblarse de libros infames. Me refiero a los que producen nuestras editoriales piratas. Una de ellas, bautizada con el cinegético nombre de Diana, acaba de lanzar la versión española de *Le petit prince* (aquella obra maestra de Saint Exupéry), alojado en un volumen verdaderamente cruel. Todavía con el recuerdo de la delicada edición original, uno siente escalofríos ante esa portada de caja de chocolates baratos (para mayor contraste, se han hurtado también, y reproducido en páginas interiores, los dibujos del poeta aviador); ante ese papel inoble y grasiento; ante la grosera burla de unos editores que afirman sin ningún rubor y en sitio relevante, que "la traduc-



LA FERIA DE LOS DIAS

ción", —ya que no lo demás— sí es de su propiedad; y ante la tolerancia oficial de semejantes atracos... Quizá la editorial en cuestión quiso celebrar en tal forma el nacimiento de nuestra flamante ley sobre derechos de autor.

INDIFERENCIA

A PROPÓSITO de esta última, lamentábase alguien, no hace mucho, de la indiferencia que exhiben los escritores mexicanos cuando se trata de proteger sus derechos: "Los editores, los músicos,



los actores, acudieron al Senado, presentaron argumentos de viva voz frente a las autoridades competentes... Todos, menos los escritores."

SIN DEFENSA

ES SEGURA, por desgracia, tamaña pasividad. El escritor mexicano, a menudo dispuesto a combatir en batallas estériles, o imaginarias, parece inhibirse frente a las que solicitan su intervención específica. Y así, descuida su propia, inalienable defensa: la defensa de la consideración que le es debida en cuanto hombre de letras, el mantenimiento de su rango en el seno de la sociedad que lo enmarca.

COMPRENSION

MEJOR QUE condenarlo, con todo, sería comprenderlo. A diferencia de los otros (editores, músicos ejecutantes, etc.), nuestros escritores no han llegado a encontrar en su oficio un medio de ganarse la vida. Tienen pues, en el te-



rreno económico, bien poco que defender; y saben, además, que no podrían conquistar demasiado, por más luchas en que se empeñaren. Y conste que esto no es excusa; sólo aclaración pertinente.

DOS NOTAS DE OPTIMISMO

PERO DESEO terminar con una nota de optimismo. O mejor, con dos. Copio en seguida un par de nuevos textos infantiles tomados de *Write me a poem, baby*. El primero es un cuento, cuyo autor, de nueve años, revela francas tendencias realistas:

Había una vez una niña llamada Clarise Nancy Imogene Ingrid LaRose. Tenía los pies muy grandes y nada de cabello. Pero era extremadamente rica y lo demás fue fácil.

El segundo es un ensayo; precisamente, una invitación al optimismo:

Para qué preocuparse. No tiene ningún sentido. Por qué se preocupan los gusanos. Porque los pájaros se los comen. Por qué se preocupan los pájaros. Porque la gente les dispara y se los come. Por qué se preocupan los becerros. Porque la gente ordeña la leche y ellos no consiguen ninguna. Lo hacen hasta con electricidad y máquinas. Por qué se preocupa la gente. Eso es lo que yo me pregunto.

—J. G. T.

